

Romy Low



MIL AÑOS  
PARA AMARTE

POR MIL AÑOS MÁS, VOL. 2

UNIVERSO  
de LETRAS 

---

---

---

Siempre es levemente siniestro volver a los lugares  
que han sido testigos de un instante de perfección.

Sobre héroes y tumbas,  
*ERNESTO SABATO*

---

---

# Prólogo

—¡Cariño mío! Pero... ¿qué ha pasado? —Aura mira a su hija con cara de preocupación, mientras la coge en brazos para intentar consolarla.

—¡Mami, mami! ¡Inés ha tirado la miguita! —le cuenta la pequeña Vero, con un llanto tan desconsolado que apenas la entiende.

—No la he *tidado*, *ze* me ha caído y *ze* ha *peldido* —intenta justificarse Inés, que las mira desde abajo con sus apenas noventa centímetros de estatura.

—¡Es mentira, mami! ¡La ha tirado aposta!

—A ver chiquitinas, tranquilizaos. ¿Seguro que se ha perdido?

Vero abre el pequeño joyero blanco de porcelana acondicionado como un diminuto piso, en el que, desde hace meses, guarda su mascota, una diminuta miga de pan a la que adora más que a nada en el mundo.

—Vaya, pues no está aquí. ¿Y la habéis buscado?

—*Zí, pedo* no la *encontramos*.

—Bueeno, pero no pasa nada cariñito. —Aura desliza las palmas de las manos por los mofletes de su hija para secarle los

---

lagrimones que se desbordan de sus ojos sin contención—. Podemos buscar una miga nueva y...

—Yo ya *ze* lo he dicho —le aclara la pequeña Inés a Aura, cruzando los bracitos en un gracioso gesto de autosuficiencia.

—¡No! ¡Yo quiero mi miguita!

—Amorcito, pero ¿tú sabes cuántas miguitas hay en el mundo? ¡Yo te traigo las que tú quieras!

—¡Es que yo quiero la mía, mami!

—Lo sé, cielito mío, lo sé, pero es que esa precisamente no puede ser...

La pequeña, que ha dejado de llorar, observa el joyero hipando compulsivamente, hasta que de repente coge y lo lanza contra el suelo, rompiéndolo en varios pedazos.

—¡Oye, Vero! ¿Por qué has hecho eso? ¿Acaso quieres ser una niña mala? —la reprende su madre.

—Me da igual.

—¿Ah sí? Pues a mí no. —Aura la deja en el suelo y, fingiendo más enfado del que en realidad siente, la apunta con el dedo y la regaña—. Ahora mismo vas a recoger todos los pedacitos y los vas a pegar uno a uno, hasta que quede tal como estaba.

—¡No!

—¿Cómo que no? Ya lo creo que sí —le asegura una Aura a quien la paciencia está a punto de abandonarla, mientras se saca una de sus zapatillas y se la enseña a una enfurruñada Vero.

Y la pequeña, que ya sabe lo que eso significa, se agacha a regañadientes y recoge todos los trozos de porcelana esparcidos a su alrededor.

Una hora más tarde, la mujer, junto a las dos niñas, contemplan orgullosas y con las manos llenas de pegamento la no muy exitosa obra de reconstrucción del pequeño recipiente.

Un recipiente en el que la pequeña Vero jamás volvería a dejar entrar otra miguita.

---

# 1

## Con calma

—¡Tiiiiítaaaaaaa!

Mi sobrinita Vera viene corriendo hacia mí y se lanza a mis brazos como si saltara desde un trampolín, haciéndome incluso retroceder a causa del impacto.

—Je, je, je. ¡Hola, cosita! ¿Ya han llegado los papis?

—¡Síiiiií! Están ahí con los yayos.

Me encamino hacia ellos mientras contemplo el verde paisaje que nos rodea por todas partes.

Estoy en el precioso terreno que mis padres, junto con mi hermana, tras vender todas sus propiedades, se han comprado en la mejor urbanización del pueblo.

Años y años oyendo a mi madre hablar de este sueño y hoy ya se pueden ver los cimientos de las dos enormes casas, de las cuales toda la superficie de la tercera planta será una preciosa buhardilla con entrada independiente, que mi madre ha hecho construir para que yo también tenga mi espacio.

---

Así que algunos domingos, cuando el tiempo lo permite, nos juntamos aquí, alrededor de una barbacoa improvisada, mientras soñamos imaginando cómo será todo cuando esté acabado.

—¡Herma! ¡Corre, ven! —me grita mi hermana desde la otra punta del terreno—. ¡Llegas justo a tiempo!

Cargada con Vera, corro a toda prisa hacia ella, que, en cuanto llego, me pone la mano sobre su redonda tripa de casi cinco meses. Enseguida noto las pataditas de Sofía, mi sobrina aún sin rostro, y que nos avisan de que se avecina una guerrera.

Pero aunque estoy inmensamente feliz por ella, eso no basta para llenar el vacío que hay en mi pecho. Un vacío que me ha acompañado a lo largo de mi vida de forma intermitente, pero que estas últimas semanas se me hace insostenible cuando hago balance y pienso en todo lo que he perdido.

En especial desde que anteanoche echara por tierra la que, seguramente, hubiera sido una oportunidad única de sentirme amada y cuidada por una de las mejores personas que he conocido, Román... Mi dulce Román...

Cuando me despedí de él de madrugada frente a mi casa, los dos sabíamos que ya no volveríamos a vernos. Todavía me pregunto cómo pudo hacer lo que hizo. ¿Puede haber un acto más puro que renunciar al amor por la felicidad de la otra persona? Me dan escalofríos solo de pensarlo.

Y el hecho de no haber sido capaz de corresponderle me destroza...

Y aun así, a pesar de todo ello, de toda esta tristeza, solo hay una imagen en mi cabeza, una que está por encima del bien y del mal, de lo correcto y de lo incorrecto, y que no he podido ignorar ni siquiera un segundo durante las últimas treinta y seis horas. Unos ojos castaños y un pelo brillante que había conseguido mantener a raya, anclados en lo más profundo de mi memoria, gracias a altas y elaboradas dosis de amnesia autoimpuesta.

---

Y ahora, a pesar de que Román lo hizo con su mejor intención, por culpa de aquellos dos puñeteros minutos mi contador se ha puesto a cero. Y vuelta a empezar. A pelearme todo el tiempo conmigo misma para conseguir sacarme al maldito Franc Simán de la cabeza. Y cuanto antes mejor. Porque si algo tengo claro es que, a pesar de todo, nada va a cambiar. Como si esos dos minutos nunca hubieran existido...

Asqueada conmigo misma, me doy una colleja mentalmente y me obligo a dejar de pensar. Y en ese estado de devastación emocional intento aguantar el tipo delante de mi familia.

Me siento como un árbol, como uno cualquiera de los cientos que hay a mi alrededor. Un ser vivo que no puede expresarse. Un testigo mudo, plantado en la tierra, incapaz de interactuar.

Un par de horas más tarde, cuando las pilas de la actriz que llevo dentro se están agotando, utilizo la hábil excusa de que ya no me siento los pies a causa del frío y me retiro.

Antes de volver al piso que dentro de diez meses dejará de ser mi casa, me paso a tomar un café con Inés, que me recibe en albornoz, recién salida de la ducha y a medio maquillar.

—Perriiii —me saluda mientras me espachurra contra ella—. Pero... vaya careto llevas. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Pues claro. —«Vero Falseti, de los Falseti de Sicilia para servirles»—. ¿Adónde vas?

—Cris me va a llevar a no sé qué exhibición de bachata o algo así.

—Vaya... Qué guay...

—Oye, ¿y por qué no te arreglas y te vienes con nosotros? — me propone, y un ligero brillo aparece en sus ojos.

Y aunque sé que me lo ofrece con toda la ilusión, hoy me siento incapaz de hablar ni de relacionarme con nadie, ni siquiera de tener una conversación banal. Ayer me costó un esfuerzo sobrehumano aguantar la sesión en el Just, incluso la música se

---

me hacía insoportable. De no ser por Patri y sus «chupitos toma-hawk», no habría superado la noche...

Necesito aislarme en mi mundo, uno en el que no se espere nada de mí y donde no pueda destrozarle la vida a nadie.

—La verdad es que me parece un planazo, pero hoy estoy muy cansada y...

—Oye, que nos conocemos... Quien yo me sé no tendrá nada que ver con que estés así, ¿no?

«¡Zasca!»

Y al instante sé que se refiere a Franc. Ayer, cuando le conté el episodio del viernes, acabamos las dos llorando como Magdalenas por Román... Y luego riéndonos con la retahíla de amenazas que salían por su boca si se me ocurría, ni por un segundo, acercarme a menos de un metro de Lucifer, nombre con el que ha bautizado a, según ella, la principal fuente de mis desgracias.

—Nooo... —«¿Nooo?»—. Es un poco todo, Román, que estoy muy cansada... No te preocupes, ¿vale? Id tranquilos y la próxima me apunto seguro.

—Ya —me dice mirándome con escepticismo—. Bueno, tú verás, mi *amol*. Si cambias de opinión, ya tienes mi número. Llámame. Te va a gustar —zanja, imitando la voz de una línea erótica.

Cuando llego a casa media hora más tarde, mis padres todavía no han vuelto.

En cuanto entro en mi habitación y miro el escritorio lleno de libros y apuntes, se me hace un mundo. Mañana empiezan las clases tras las fiestas navideñas y necesito ponerme al día con todo, pero estoy tan cansada que decido echarme un rato, a ver si con un poco de suerte consigo dormir algo.

Mientras me cambio de ropa, suena un aviso de mensaje nuevo, y rápidamente miro de quién es.

«Dios santo... Es de Franc.»

---

Mi mundo deja de girar.

Misión cumplida. Ya te tengo xd

Me rodeo el cuerpo con los brazos para sostenerme a mí misma.

«Maldito Franc y su jodido efecto.»

Corro hacia el baño y me mojo la nuca con el agua helada que sale del grifo.

Esto sí que no me lo esperaba.

Creía que lo de la otra noche me lo dijo por decir, porque de alguna manera se vio obligado por la situación. Pero en ningún momento había creído que fuera a ponerse en contacto conmigo de verdad, y más después de mi vacilada...

Regreso a mi habitación apretándome las sienes, mientras me pregunto si podría soportar volver siquiera a estar cerca de él y me sorprende a mí misma por el simple hecho de planteármelo. Puede que sea tonta. O posiblemente alguna vez me haya dado un golpe en la cabeza que me haya hecho perder el equilibrio y la agudeza mental, no lo sé... Lo único que sé es que desde que lo conocí, nada ha sido igual.

Principalmente porque yo no he sido igual.

Yo era más bien de esas personas que creían que las cosas eran blancas o negras. Si te aman, amas; si te hacen daño, odias... Así solía ser... hasta que lo conocí.

Hasta que, tras su primera caricia, supe que debería echar a correr.

Hasta que el primer roce de sus labios me ató a Franc para siempre.

Hasta que amé sin ser amada y, tras depositar mi confianza en él, la hizo pedazos como se tritura una materia hasta convertirla en polvo.

---

Y he intentado odiarlo. Bien lo sabe Dios. De todas las formas posibles. Pero no lo he conseguido.

Ahora la única cuestión es si seré capaz de hacer borrón y cuenta nueva. De olvidar todo eso que tanto daño nos ha hecho. De volver a confiar en él y mirarlo a los ojos sin que la dolorosa vara del rencor me golpee en las palmas cada vez que me relaje.

Y lo más importante, si quiero hacerlo...

Y es este último pensamiento el que me pide sensatez y tomarme mi tiempo para pensar, en lugar de correr a contestarle a la desesperada, tratando de evitar que la bola de malas decisiones que en su día nos destruyó vuelva a arrastrarnos con ella montaña abajo.

Me quedo mirando el teléfono e, incapaz de tocarlo, me meto en la cama y me tapo hasta la cabeza.

Durante más de una hora, fogonazos de recuerdos me torturan sin darme tregua. Todas las sensaciones que tan lejos habían quedado regresan a mi mente como si no hubiera pasado el tiempo. El cálido tacto de su piel, el sabor de sus besos, su forma de provocarme, su olor... Su novia.

¡Si creía que iba a poder relajarme ni siquiera un minuto es que estaba flipando!

Harta de dar vueltas, me levanto. Voy hasta la cocina, me preparo una tila y, mientras me la bebo, apoyada en el frío mármol, no paro de hacerme preguntas.

¿De verdad quiero verle? ¿Podría soportarlo? Quizá, después de tanto tiempo, esta sea una buena oportunidad para saber por qué... Por qué hizo lo que hizo. Ahuyentar algunos de los fantasmas que me persiguen y liberar un poco de carga.

Suspiro profundamente. La Vero insegura y asustadiza que él conoció ya no existe.

Murió.

Ahora voy a ser fuerte y voy a coger el toro por los cuernos.

---

Voy directa a por el móvil y tecleo rápido.

Hombre! Veo que sigues siendo un  
hombre de recursos XD

Envío y lanzo el aparato sobre la cama. Me siento frente al escritorio, pero no me da tiempo ni a abrir la carpeta.

La situación lo requería;)   
Qué tal estás? Cuándo puedo verte?

Vaya... Directo lo sigue siendo. Eso no ha cambiado.

Pues créeme cuando te digo que voy saturada...  
Me organizo, y hablamos entre semana?

«Esta vez te voy a hacer caso, mami, y me voy a hacer valer.»

Perfecto. Te escribo entre semana  
entonces. Cuídate, Vero.

Y ya está.

Así de simples son a veces los momentos más importantes en la vida de uno, como si fueran un episodio más.

Suceden sin esperarlos. De repente, agitan tu mundo como se agita el líquido de una coctelera, y segundos después todo vuelve a la calma, como si nada hubiera sucedido.

Y así es como pretendo enfrentarme a esto.

Con calma.

Ahora solo falta ver si lo consigo.

---

---

## 2

# Nada que perder

—¡Ahí va la hostia! —me espeta Irazu, mi profesora de Técnicas de Improvisación, mientras intento sin ningún éxito meterme en la piel de Adela, la hija menor y la más rebelde de *La casa de Bernarda Alba*—. Pero Vero, hija de Dios, ¿qué coño estás haciendo?

Me levanto del suelo y me froto la cara con las manos.

—Joder, lo siento, hoy no es mi día, no puedo concentrarme.

Y es que no hace ni cinco minutos he mirado el móvil a escondidas para comprobar la hora y casi me da un ictus cuando he visto que tenía un mensaje de Franc.

Y, claro, no lo he podido leer.

—Me importa un carajo que sea tu día o el del vecino —me dice ella muy seria—. En una función solo hay una oportunidad y no se puede fallar, así que los malos días se quedan en la calle.

Está siendo más dura de lo normal, pero es que me lo merezco.

—Lo sé, lo siento... —me disculpo con la cabeza gacha.

—No me sirve, Verónica. Sal de clase y, cuando estés preparada, vuelves a entrar.

---

Aunque ver así a Irazu me descoloca un poco, la obedezco sin rechistar. Suele ser ruda, como buena chicarrona del norte, pero conmigo... es diferente. Y es que a pesar de sacarme más de veinte años nos hemos hecho bastante amigas y muchas tardes nos quedamos después de las clases a tomar algo en el bar de la esquina.

Salgo al pasillo y me siento en uno de los antiguos butacones de teatro reutilizados. Estoy inquieta. No han pasado ni veinticuatro horas desde que Franc me dijo que me escribiría entre semana... Y aunque la curiosidad me carcome, no me he atrevido a coger mi mochila para coger el móvil.

Apoyo los codos en las rodillas y entierro la cara entre mis manos en un ejercicio de concentración, pero estoy demasiado distraída.

Espero veinte interminables minutos a que termine la clase y, cuando ha salido todo el mundo, entro y voy directa hasta mi profe-amiga.

—Oye, Irazu, te has pasado un poquito, ¿no?

—Me he pasado, ¿verdad? —Me mira exagerando una mueca de inocencia y yo asiento con expresión acusatoria—. Bueno, razones tenía... Y así acallamos los rumores de que eres mi favorita.

—Ah, ¿es que soy tu favorita? —le pregunto con retintín mientras recojo mis cosas.

—Eso dicen, yo no sé...

Me guiña un ojo y salimos juntas.

Aunque hubiera querido, hoy no habría podido quedarme, son casi las siete y tengo que llegar a un casting antes de una hora. Así que me despido de ella con más brío que otra cosa y me meto en el tanque de un salto.

Saco el teléfono con manos impacientes y veo que tengo un mensaje de Franc.

Por fin...

---

Hola, Vero. Te apetece que  
vayamos al cine mañana?

«Joder... ¡¿Ya?! Venga Vero, pim pam.»

Vaya, sí que has estado rápido, jeje.

Tus palabras son órdenes para mí. Qué me dices?

Pienso deprisa. Mañana es martes. Cuando salga del Just, tengo un casting a primera hora de la tarde. Solo tendría que saltarme mi clase de *spinning* con Inés, nuestra alternativa a las clases de aeróbic, a las que dejamos de ir desde que Violeta se fue del gym el año pasado.

«Dios, ¿qué hago...?»

No tengo nada que perder. O eso creo...

La imagen de Inés arrancándome las uñas una a una con unos alicates aparece ante mí cuando empiezo a teclear.

Venga, hecho. Dónde quedamos?

Te recojo sobre las cinco y vamos a  
los multicines del Night Park:)

Mejor nos vemos allí a eso de las seis, ya que  
iré desde Barcelona, no te preocupes.

Y esta vez tarda un poco más en contestar.

Allí te espero entonces. Un besito.

¿Un besito? ¿Ha escrito un besito?

Hasta mañana!

---

Mi primer impulso es llamar a Inés para explicárselo, pero pensándolo bien, mejor que no lo haga. Sería capaz de venir a buscarme con un escuadrón militar y encerrarme en un zulo, donde me tiraría cubos de agua helada cada cinco minutos hasta hacerme entrar en razón.

Así que arranco el coche y, con una extraña sensación de inquietud recorriéndome el cuerpo, me dispongo a finiquitar el lunes.

\* \* \*

Al día siguiente, poco antes de las cuatro de la tarde ya estoy en la productora donde tiene lugar el casting. A pesar de haber salido con tiempo para ir sin prisas y no ponerme más nerviosa aún, ya tengo diez personas delante.

Por suerte, el casting es de los rápidos y a las cinco ya estoy fuera del plató.

Antes de salir del local, entro en un lavabo y me cambio de ropa. Hoy necesito sentirme cómoda, ser completamente yo... Así que sustituyo el vestido de corte ejecutivo y los tacones por una camiseta azul desgastada y un pantalón tejano ancho con unas botas estilo *biker*.

Con el corazón latiéndome a mil por hora solo de pensar a donde voy, pongo rumbo a Telsa, esa ciudad que ya tiene su alfiler en el mapa de mi vida, pero conforme me voy acercando, no puedo evitar que mi determinación se tambalee. Una determinación que zozobra peligrosamente cuando estoy aparcando en el Night Park, a doscientos metros escasos de los multicines.

El tono de llamada de mi teléfono interrumpe el hilo de mis pensamientos.

Es él.

«¿Me estará viendo?»

---

Lo cojo instantáneamente.

—¡Hola, Franc! ¡Estoy aparcando!

—Ah, vale, perfecto. Estoy frente a las taquillas. Aquí te espero.

Me echo un último vistazo en el espejo retrovisor y, con toda la seguridad posible, cojo mi mochila, me bajo del coche y camino hacia allí.

Se me seca la boca en cuanto lo diviso.

Plantado en medio de una inmensa plaza, arrebatadoramente guapo, con las manos en los bolsillos de un elegante abrigo azul marino, oteando a su alrededor imagino que en mi busca.

En cuanto me ve, una sonrisa se dibuja en su rostro y echa a andar hacia mí.

De repente me viene a la cabeza una de esas imágenes cursis, a cámara lenta, en las que un chico y una chica corren a encontrarse frente a la orilla del mar, con el atardecer de fondo, y se comen a besos mientras se funden en un abrazo en el que él la coge por la cintura y la eleva en el air...

«¡¡¡Ve al médico!!! ¡¡¡Tía, ve al médico y háztelo mirar!!!»

—Ya estás aquí...

Su voz, esa por la que un día habría pagado millones por escuchar, me hace tocar tierra sin tren de aterrizaje.

—Eso parece —le digo, plantada frente a la montaña de su cuerpo.

Y cuando me estoy preguntando qué debería hacer, si darle dos besos, uno solo en la mejilla, o qué se yo..., llega el primer nocaout de la tarde.

—Me moría por verte —me suelta así, sin anestesia, y seguidamente me rodea con sus brazos y me atrae hacia él.

Nos fundimos en un abrazo cálido, intenso, que dura una eternidad. Hasta que poco a poco la cosa se va relajando y nos separamos, con las emociones a flor de piel.

---

Nos quedamos como dos pasmarotes, frente a frente, sin saber muy bien qué decir ni qué hacer. Seguramente, lo mismo que yo, tenga cientos de preguntas que le gustaría hacerme, pero resultaría violento, al menos para mí, embarcarme en una conversación de tal magnitud sin haber allanado siquiera un poquito el terreno.

Así que poniendo en práctica mi (con los años adquirido) poder de conciliación, le doy al interruptor del modo «happy» e intento salvar esta incómoda situación.

—Bueno, ¿y qué vamos a ver? —le pregunto con mi más auténtica expresión de mujer encantada de la vida.

Aquella sonrisa suya tan seductora reaparece en todo su esplendor. Me guiña un ojo mientras se saca del bolsillo unas entradas que agita en el aire.

«Ya empezamos...»

—¿Vamos? —me pregunta, mientras hace ademán de cederme el paso.

—Solo si me dejas invitarte a las palomitas —le advierto sin moverme del sitio. Y lo digo en serio.

Lo veo librar una pequeña batalla interna, pero finalmente claudica.

—Bueno... pero sin que sirva de precedente. —Es listo. Y sabe que no está en posición de llevarme la contraria lo más mínimo.

—Eso ya lo veremos —le replico, esquivándolo y echando a andar con paso decidido hacia el edificio, mientras, de refilón, me da tiempo de ver cómo hace una divertida mueca antes de emprender la marcha y ponerse a mi altura en dos zancadas.

Tras comprar un par de botellines de agua, un cubo de palomitas gigante con medio kilo de Lacasitos dentro, nos acomodamos en la inmensa sala, donde, durante casi dos horas, disfrutamos de este hobby que tenemos en común.

Me ofrece palomitas y, aunque declino el ofrecimiento, sí acepto algún Lacasito recubierto de sal de los que se va encon-